

REVISTA DE REVISTAS

EL VOTO FEMENINO, por Luis Barrantes Molina. — Algunos diarios comunistas afirman que el derecho al sufragio, recientemente obtenido por la mujer argentina, es una treta política del clero. Todo el que no esté obcecado por la pasión reconoce la falsedad de esa afirmación, pero puede verazmente pregonarse que si la mujer ha llegado a intervenir hoy en las elecciones de los gobernantes y legisladores se debe tanto aquí como en otras naciones, a la cultural y dignificante influencia de los sacerdotes católicos que, bajo la dirección de la Iglesia, han cultivado la inteligencia y elevado la condición doméstica, espiritual, civil y social de la mitad del género humano que pertenece al bello sexo. Donde no ha entrado el clero católico, las mujeres han sufrido y siguen sufriendo las mayores crueldades, humillaciones e injusticias. En el Egipto eran quemadas ante los ídolos; en Esparta se las declaró propiedad del Estado; en Asia las que nacían feas o se volvían ancianas eran ahorcadas; en Grecia a las niñas que nacían deformes se las despeñaban; en algunos países se las enterraba con el cadáver de su esposo; en muchas regiones eran esclavas de su marido y aun de sus propios hijos. Todavía hoy, entre los árabes y otros pueblos bárbaros, las ocupaciones más rudas y penosas son impuestas a las mujeres. Los más ilustres filósofos y escritores paganos los juzgaban despectivamente. El gran Aristóteles afirma que ellas no tienen alma; Hipócrates dice que son perversas por naturaleza; Cufas declara que no pertenecen a la raza humana. Contra todos ellos, asegura San Pablo su igualdad al hombre, diciendo: "Ya no hay mujer ni varón, nacional ni extranjero, judío ni incircunciso, sino que todos somos uno en N. S. Jesucristo". Al perder la fe católica, los apóstatas y herejes pierden el aprecio a la mujer. Así el anarquista Schopenhauer dice que "la mujer padece miopía intelectual, que es siempre niña y que no está destinada a trabajos intelectuales". El socialista Bebel la presenta embrutecida a través de la historia. En el Calvario la mujer está bien representada, y desde entonces toma parte con el varón cristiano en la plegaria, en la limosna, en el varón cristiano en la plegaria, en la limosna, en el martirio, en la administración económica de las primeras iglesias, en las asambleas religiosas, donde ellas bautizan y profetizan. A medida que la moral católica refrena el goismo, la crueldad y los instintos sensuales del hombre, la mujer, bajo la influencia del clero, se va emancipando de la esclavitud de la ignorancia, de los trabajos rudos, de la poligamia, del harén, del concubinato, de la vida libertina impuesta por la ley o aceptada por la necesidad. Algunas de esas degradaciones han resurgido, últimamente, junto con el divorcio, el matrimonio civil, la supresión voluntaria de los hijos y el amor libre como consecuencia del ateísmo, del liberalismo y del comunismo.

Con la vida conventual se inició en la Edad Media la ilustración superior de la mujer. El estudio de la Biblia y de la teología la introduce en el conocimiento de la filosofía. Como educacionistas en los colegios y como superiores de las comunidades las monjas revelan su capacidad para la pedagogía, la organización, la disciplina escolar, el gobierno, la administración económica, la redacción de informes, memorias y reglamentos. De los claustros salieron las mejores poetisas, escritoras y pintoras del sexo femenino.

Con el culto católico tributado a la Virgen que la proclama superior a todo hombre creado, corredentora, distribuidora de las gracias, omnipotencia suplicante y Madre Inmaculada de Dios), toda mujer crece en la estimación doméstica, civil y social, y puede ejercer con autoridad y eficacia su función de madre; siendo educadora de sus hijos y reina del hogar, que es la célula de la patria. Por su hondo catolicismo, la Edad Media glorifica, enaltece e idealiza a la mujer y crea los paladines de la caballería, que luchan "por su Dios y por su dama", y sacan la espada en defensa del honor de toda mujer agraviada o perseguida; tal como lo hace Don Quijote, que es el personaje novelesco con que Cervantes simboliza aquellas nobles costumbres. La severidad de la moral católica que impone la castidad absoluta a todas las personas célibes, bajo la amenaza de castigos eternos, ha sido causa de la mayoría de los varones creyentes se casen siendo jóvenes, aun con dificultades económicas o sin terminar sus estudios; lo cual ha favorecido a la mujer, disminuyendo el número de las solteras con vocación para esposas.

La manía de presentar al clero interviniendo en la política no es exclusiva de los comunistas. Los liberales, socialistas y nazis les enseñaron esa táctica para justificar sus persecuciones anticatólicas. Las personas que leen los documentos pontificios y conocen la historia eclesiástica saben bien que los jefes de la Iglesia han procurado siempre apartar al clero de las autoridades rectoras de los partidos políticos, pero sin inducirlos al abstencionismo de las urnas, lo cual sería indiferencia ante los intereses nacionales y abdicación censurable de sus derechos de ciudadano, que pueden y deben ejercer prudentemente en bien de la sociedad y de la patria. La política no es el terreno en que el sacerdote ejerce su misión espiritual y cultural, pues por prudencia, por caridad con todos los hombres a quienes debe evangelizar, sin distinción de posiciones sociales, procura abstenerse de toda actividad destacada, directora y sobresaliente en las agitaciones electorales, a no ser que por excepción, ante amenazas concretas y claras contra la religión, se vea compelido, por razones de conciencia, a intervenir en forma más directa. A veces, los jefes eclesiásticos se limitan a indicar a los fieles los errores heréticos contenidos en algún programa de partidos políticos. La moderación y reserva en las agitaciones electorales le son indicadas al clero por la actitud de Jesucristo, quien habiendo sabido que Herodes lo acusaba de agitador político declaró que su misión sólo era espiritual, moral y religiosa, pues su Reino no era de este mundo.

En el terreno pacífico de la teoría estudia la ciencia de la política en sus relaciones con la moral y con el derecho, defendiendo los regímenes estatales que están fundados en la naturaleza de las cosas y de los hombres, y que protegen el orden y la libertad para el bien y la justicia, como es la monarquía constitucional en unos países y la democracia en otros. En cuanto al derecho del sufragio, la moral católica señala el deber de votar por el candidato mejor o por el menos malo para la nación y para los intereses espirituales, censurando la neutralidad, la apatía y el abstencionismo en las elecciones. Esa misma ley moral rige para el sufragio de la mujer, procurando ella, además, evitar que la actividad política la aparte del hogar y de sus honrosas funciones de maternidad y de ser educadora de sus hijos. — *El Pueblo*, Buenos Aires, 15 de octubre de 1947.